

Información bibliográfica

Jean Madiran, *Du bien commun*, París, Éditions de L'Homme Nouveau, 2023, 162 pp.

Jean Madiran es uno de los nombres más significativos del pensamiento católico tradicional de la segunda mitad del siglo XX y los primeros decenios del XXI. Se ha dicho a veces con ligereza que era un polemista y, en efecto, Dios le había tocado con el don de saber presentar las razones y de refutar las sinrazones. Esto es, era también un pensador, pues de eso se trata cuando se habla de razones y sinrazones. Cronista político en sus comienzos, los cambios eclesíásticos desplazaron su quehacer a la crónica religiosa. Pero, entre ambas, nunca dejó de latir la pasión por la filosofía. Y así, en los años sesenta, publicó dos opúsculos de gran interés sobre la justicia social y el principio de totalidad. El primero fue traducido y publicado de inmediato en *Verbo*, con la autorización del autor, que a la sazón escribía en nuestras páginas. El segundo es probablemente el escrito más acabado de su autor. Más de treinta años después, en medio de las ocupaciones siempre exigentes del periodista, la llama no se había extinguido y alumbró un breve manual sobre la ley natural según la doctrina cristiana. El autor, fallecido en 2013, con más noventa años, había manifestado su deseo de que las tres piezas se reunieran en un volumen, que es lo que han hecho las ediciones de *L'Homme Nouveau*, dándole el título deseado por el autor, de resonancias clásicas: *Del bien común*. Y en una colección que lleva por nombre «Reconstruir».

Se trata de un trabajo en el que se hallan presentes todas las prendas de finura de pensamiento y estilo de Madiran. Su fundamento no es otro que la filosofía de Aristóteles y Santo Tomás, así como la doctrina de los papas de fines del ochocientos y principios del novecientos. Desde la escuela de Michel Villey se le ha situado un poco alegremente en los predios del agustinismo político. Sinceramente, no creemos que sea una caracterización ajustada a la realidad. Lo que ocurre es que esa crítica parte de una consideración casi exclusiva de la justicia particular y una cierta desconsideración de la general, conocida como legal y que es la que se llamó social por los papas, cuya pauta es precisamente el bien común, en el que totalidad y subsidiariedad se ajustan y encajan. No se trata,

sin embargo, de subrayar las cuestiones que cabría problematizar. Sino de destacar el valor de una aproximación en la que, en el seno del orden natural, brilla la primacía del bien común.

Manuel ANAUT

AA.VV., *Andrés de Asboth, un caballero católico*, Buenos Aires, Ediciones Castellanas, 2023, 164 pp.

Andrés Nicolás de Tothvarady-Asboth, nació en Budapest en 1935, de familia noble, hijo de un capitán de húsares del Ejército imperial austro-húngaro. Tras la guerra mundial, ante la caída de Hungría en manos de los comunistas, la familia de Asboth logró emigrar a la Argentina, instalándose en Buenos Aires, después de haber pasado primero por Bariloche. Andrés estudió con los jesuitas del Colegio del Salvador, licenciándose posteriormente en Derecho y trabajando como inspector del Ministerio de Educación. En este libro, publicado por sus ahijadas y algunos de sus amigos con motivo de los veinticinco años de su fallecimiento, se recogen algunas semblanzas sobre su figura y algunos trabajos salidos de su pluma.

Caballero y cultor de las amistades, estaría llamado a desempeñar un papel relevante en el tradicionalismo argentino. Comenzó colaborando –recuerda Augusto Padilla– con *Cruzada*, una revista que más adelante trazaría relación con Plinio Correa de Oliveira, en lo que Asboth no siguió a su director Cosme Beccar Varela, como señala el hijo de éste, Cosme María, quien elogia la mayor perspicacia de Asboth. Siguió años después con la acción de *Verbo* argentina. Pero su nombre aparece unido sobre todo a una obra posterior, la revista *Roma*, volcada a la crítica de la infiltración modernista en las estructuras de la Iglesia Católica con ocasión del Concilio Vaticano II. Lo que le llevó, a diferencia de las publicaciones más centradas en la defensa de la doctrina política tradicional, a un combate concreto para la conservación de la misa tradicional y, pronto, de la Hermandad de San Pío X creada por Marcel Lefebvre. En este sentido, el nombre de Asboth es inescindible del arzobispo, como se destaca convenientemente en estas páginas. Cuando en el seno de la revista surgieron algunas discrepancias sobre la actitud que adoptar ante la crisis cada vez más grave, Asboth hubo de cambiar *Roma* (que quedó en manos de Roberto Gorostiaga, quien había virado hacia el sedevacatismo) por *Roma Aeterna*. Pues se mantuvo siempre en la posición delicada de Lefebvre.